

Ivan Jablonka

Hombres justos

Del patriarcado a las nuevas masculinidades

Traducción de Agustina Blanco



libros del
Zorzal



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Des hommes justes. Du patriarcat aux nouvelles masculinités

© Éditions du Seuil

París, 2019

La presente edición ha sido realizada por convenio con Libros del Zorzal

Ilustración: © Charlie Rogers / Moment / Getty Images; Mudassir Ali / EyeEm /
Getty Images. Montaje de Diane Parr

Primera edición: noviembre 2020

Diseño de la colección: lookatcia.com

© De la traducción, Agustina Blanco, 2020

© Libros del Zorzal, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2020

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6462-5

Depósito Legal: B. 17975-2020

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Primera parte
El reino del hombre

1. LA GLOBALIZACIÓN DEL PATRIARCADO

¿Qué tienen en común la Iglesia católica, la Bolsa de Nueva York y un ritual baruya en Nueva Guinea? Que en los tres casos reinan los hombres. La dominación masculina es uno de los rasgos más universales del planeta. Como el dinero, es un idioma que comprenden todos los seres humanos.

La universalidad de la dominación masculina

No se conoce sociedad alguna donde las mujeres, en tanto grupo, ejerzan la totalidad de los poderes morales, políticos y económicos, codificando la vida social (por ejemplo, lo lícito para ambos sexos) o tomando decisiones que comprometan a toda la comunidad (por ejemplo, la guerra). Los hombres mandan por doquier, como jefes o legisladores, generales o patrones, maridos o padres, e incluso siendo solteros, como los sacerdotes. En la década de 1860, el jurista Johann-Jakob Bachofen creyó detectar la existencia de una ginecocracia arcaica, pero su «derecho materno» es un romanticismo de la femineidad que congenia bien con el poder de los hombres: el tío materno cría a sus sobrinos y les transmite los bienes (avunculado). La misma decepción existe respecto de los

chambris de Nueva Guinea: contrariamente a lo que se creyó durante mucho tiempo, allí también los hombres dominan a las mujeres.¹

En cambio, las mujeres desempeñan un papel importante entre los iroqueses de América del Norte, los mosos en el sur de China, los khasis en la India o los akanes en África. En estos casos, la propiedad puede transmitirse de madre a hija (matrilinealidad) y, en algunos supuestos, el esposo se une a la familia de su mujer después del matrimonio (matrilocalidad). En la cultura igbo de Nigeria, las mujeres reunidas en las *umuada* velan por la salud de los aldeanos y la resolución de los conflictos. No solo esos grupos aislados de poder femenino cohabitan con el poder masculino y se insertan con mayor o menor amplitud en estados patriarcales, sino que las sociedades matrilineales en todas partes están en vías de extinción. La comunidad moso, donde las mujeres son jefas de familia y sexualmente autónomas, se ha convertido en una atracción turística.²

¿De dónde viene el patriarcado y cuáles son las causas de su increíble estabilidad a través de todos los periodos, todas las espiritualidades y todos los regímenes? Nadie está en condiciones de responder de forma unívoca a una pregunta tan

1. Joan Bamberger, «The Myth of Matriarchy: Why Men Rule in Primitive Society», en Michelle Rosaldo y Louise Lamphere (dirs.), *Women, Culture, and Society*, Stanford, Stanford University Press, 1974, pp. 263-280. [Trad. esp.: «El mito del matriarcado. ¿Por qué gobiernan los hombres en las sociedades primitivas?», en Olivia Harris y Kate Young (comps.), *Antropología y feminismo*, trad. de A. Desmouts *et al.*, Barcelona, Anagrama, 1979.] Deborah Gewertz, «A Historical Reconsideration of Female Dominance Among the Chambri of Papua New Guinea», en *American Ethnologist*, vol. 8, núm. 1, 1981, pp. 94-106.

2. Choo Waihong, *The Kingdom of Women. Life, Love and Death in China's Hidden Mountains*, Londres, Tauris, 2017. [Trad. esp.: *La tribu de las mujeres*, trad. de Andrea Montero, Barcelona, Península, 2018.]

compleja, que convoca consideraciones biológicas, sociales, económicas, religiosas, legales y culturales.

Para comprender la institucionalización de la dominación de los hombres sobre las mujeres (aquello que Françoise Héritier denomina la «valencia diferencial de los sexos»), hay que empezar definiendo a los actores de esa relación de subordinación por medio de una «historia profunda», que apela a la biología y a la psicología de la evolución. Es indispensable, pues, abarcar una perspectiva de muy larga duración, conservando a su vez cierta actitud de modestia exigida por la cuasiusencia de huellas materiales, ya que se trata de épocas sin escritura. La primera fuente de la que disponemos somos nosotros mismos: el humano anatómicamente moderno, *Homo sapiens*, que apareció hace unos trescientos mil años.

El dimorfismo sexual

Todas las sociedades sin excepción reconocen el binarismo de la especie humana, a la que dividen en dos grupos: hombres y mujeres. Ahora bien, desde un punto de vista biológico, comprobamos que las diferencias entre estos son bastante escasas.

La mujer y el hombre comparten la misma organización fisiológica (esqueleto, órganos, circulación sanguínea, respiración, digestión, excreción, envejecimiento hasta la muerte), con un cerebro en el interior de un cráneo, dos piernas adaptadas a la bipedestación, dos brazos que se pliegan y dos manos con un pulgar oponible. Perciben a través de sus cinco sentidos. En tanto seres dotados de razón, son capaces de aprender, sentir emociones, emitir un juicio moral; poseen las mismas necesidades fisiológicas, afectivas y sociales, así como la misma inteligencia. En el campo de las matemáticas, por ejemplo, chicas y chicos tienen las mismas aptitudes y los mismos resultados: esa

igualdad de rendimiento sugiere que el razonamiento científico tiene fundamentos biológicos.¹ Por ende, entre el hombre y la mujer hay muchas más semejanzas que diferencias.

Donde sí se distinguen es en el orden sexual. El sexo genético de los humanos queda fijado en el momento de la fecundación. La mujer posee dos cromosomas X; el hombre, un cromosoma X y un cromosoma Y. A partir de la séptima semana de gestación, el aparato genital del embrión comienza a diferenciarse, las gónadas se convierten en ovarios o testículos ante la acción de los genes de determinación sexual. En el hombre, el cromosoma Y desata la diferenciación de los testículos, los cuales segregan una hormona, la testosterona, que provoca la aparición de la próstata y el pene. En la mujer, determinados canales se desarrollan para dar forma al útero, las trompas y la vagina. Probablemente por acción de los estrógenos producidos por los ovarios y la placenta, aparecen el clítoris y los labios. En el nacimiento, normalmente se puede reconocer el sexo del niño por el aspecto de sus órganos genitales externos.

En la pubertad, los cuerpos continúan diferenciándose. En las chicas, el desarrollo de los senos y el ensanchamiento de la pelvis preceden a la llegada de la menstruación, mientras que, en los varones, aumenta la masa muscular, los hombros se agrandan, aparece la pilosidad facial y torácica, la nuez de Adán se vuelve prominente. La transformación de las cuerdas vocales vuelve las voces masculinas usualmente más graves que las voces femeninas.

Además de los disfuncionamientos que afectan a los órganos respectivos de la mujer y del hombre (cáncer de mama,

1. Elizabeth Spelke (con Steven Pinker), «The Science of Gender and Science», en *Mind Brain Behavior Discussion*, Harvard, 2005, disponible en línea: <https://www.edge.org/3rd_culture/debate05/debate05_index.html>.

cáncer de próstata), los síntomas de las enfermedades pueden variar según el sexo, por ejemplo, antes del infarto del miocardio. Por otra parte, algunas enfermedades atañen en mayor medida a uno de los sexos. Como los varones solo poseen un único ejemplar del cromosoma X, se verán más afectados que las chicas por ciertas anomalías genéticas situadas en ese cromosoma, como la hemofilia A o B y la miopatía de Duchenne. Por último, los investigadores han medido diferencias cognitivas menores: en promedio, los hombres tienen más éxito en los lanzamientos de precisión y los test de rotación mental, mientras que las mujeres tienen mayor destreza, al tiempo que son mejores en cálculo y expresión oral.¹

El orden del género

Las sociedades asignan a cada sexo un código de conducta, un mixto de derechos y saberes, denominado género. En un individuo, este determina el nombre, la apariencia física, el modo de vestir, el comportamiento y, a veces, la manera de hablar. El género está por doquier: en la educación, en la publicidad, en el lenguaje, en los baños públicos, en el hecho de que Juliette se pinte las uñas y Paul lleve el cabello corto.

Desde el nacimiento, el género interpreta e hipertrofia el sexo. Las sociedades gastan mucha energía disociando los sexos, sumiéndolos en una cultura «femenina» o «masculina» que deviene en un registro de disposiciones incorporadas, una segunda naturaleza. El ser humano va aprendiendo su condición sexuada mediante el conjunto de actitudes que se le prescriben según sea chico o chica. El orden del género es aquello que en una sociedad recuerda a cada uno y a cada una sus

1. Véase, por ejemplo, Diane Halpern, *Sex Differences in Cognitive Abilities*, 4.ª ed., Nueva York, Psychology Press, 2012.

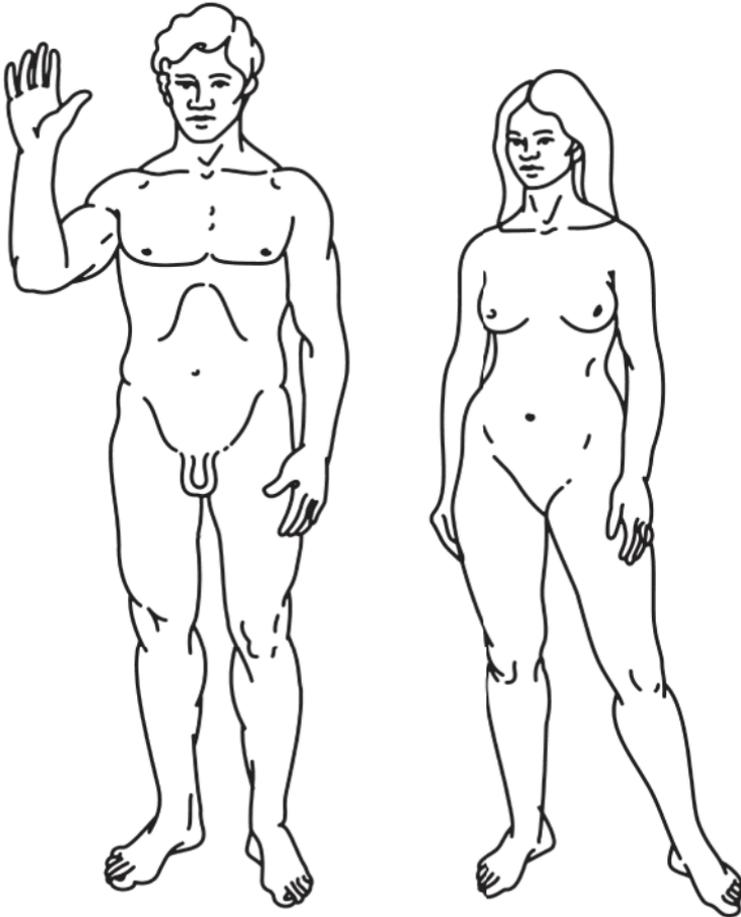
obligaciones en función de su sexo. Así, un hombre puede perfectamente acudir al trabajo con falda, pero se expone a reacciones de sorpresa o desaprobación. En tanto seres sociales, es difícil escapar a nuestro género. Por esta razón, esta forma parte de nuestra condición.

Ergo, podemos definir a la mujer como un ser humano hembra al que se le enseña lo femenino; al hombre, como un ser humano macho al que se le enseña lo masculino. Afortunadamente, hay numerosos espacios de libertad, y cada sexo puede acondicionar e inclusive rechazar el género que se le ha prescrito.

La existencia del género fue percibida muy temprano: Esquilo describe a una Clitemnestra «viril», es decir, una mujer insuficientemente femenina, y san Pablo denuncia a los «afeminados», o sea, los hombres insuficientemente masculinos. Aunque el concepto solo fue teorizado en el transcurso del siglo XX. Homosexual, feminista, libertario y vegetariano, Edward Carpenter demuestra en *Intermediate Types Among Primitive Folk* (1914) cómo los «hombres más o menos femeninos» y las «mujeres más o menos masculinas» enturbian la gama de los comportamientos sexuados, contrariamente a los hombres «superviriles» y a las mujeres «ultrafemeninas». En la década de 1930, los antropólogos Margaret Mead y Gregory Bateson observaron algunos desfases de género en ciertos pueblos de Nueva Guinea, cuando las mujeres se comportaban como hombres, y viceversa.

El género se ha convertido en una herramienta indispensable en ciencias humanas, pero hay quienes han llegado a creer que se trata del fundamento de todo: la división sexual sería una construcción social; las categorías «mujer» y «hombre» serían artificiales, cuando no ficticias. En el mundo, entre el 1 y el 2% de los niños nacen intersexuados, es decir, sin corresponder al estándar binario clásico: por ejemplo, una chica XY sin útero, un chico XX con testículos pequeños, un

El hombre y la mujer según la NASA



A inicios de la década de 1970, se enviaron dos sondas Pioneer al espacio con una placa metálica a bordo que representaba a dos seres humanos, uno de sexo masculino y otro de sexo femenino. Esas dos figuras biológicas están codificadas por el género: la mujer tiene el cabello largo, una posición agraciada, y su vulva ha sido púdicamente borrada. Significativamente, el hombre es el que alza la mano para dirigir un saludo en nombre de toda la humanidad. Los extraterrestres sabrán a qué atenerse.

chico XXY aquejado por trastornos variables (síndrome de Klinefelter), una chica XXX o un chico XXXY. Asimismo, puede ocurrir que determinados individuos, llamados transgénero, se sientan mujer en un cuerpo de hombre, o a la inversa. Con ayuda de un tratamiento hormonal y quirúrgico, hoy estas personas pueden cambiar de sexo.

Si bien el sexo entra en la esfera de una determinación compleja (genes, hormonas, anatomía), parece difícil negar que haya dos, sobre todo desde el punto de vista de la evolución, ya que la mayoría de los perfiles genéticos alternativos son estériles. Hay sin lugar a duda algo «dado», natural y básico, que permite identificar a la hembra y al macho humanos, y la división XX-XY pertenece a los mamíferos (desde hace 250 millones de años) mucho antes de caracterizar al *Homo sapiens*. Es cierto que hay otros factores distintos del sexo que diferencian a los seres humanos, pero sucede que las sociedades jamás clasificaron a sus miembros según la forma de las orejas o el largo de los pies. El binarismo de los sexos sigue siendo una invariante del pensamiento.

Puesto que el sexo antecede al género, sería tentador atribuir la fortuna del patriarcado a nuestra biología. A los hombres les conviene multiplicar las parejas sexuales para difundir sus genes: en el humano, así como en los chimpancés y los babuinos, el macho es propenso a luchar para vencer a sus rivales. Como consecuencia de la evolución, los hombres son en promedio más altos y más fuertes que las mujeres. Donald Brown incluye en su lista de universales la tendencia de los hombres a la agresividad, al robo y a la violencia asesina. La biología del macho *sapiens* acaso tenga algo que ver en eso: las hormonas andrógenas (como la testosterona) pueden tener un efecto estimulador.¹

1. Frans de Waal, *Le Singe en nous*, París, Fayard, 2006, pp. 62 y ss. [Trad. esp.: *El mono que llevamos dentro*, trad. de Ambrosio García, Barcelo-

Pero amén de que las mujeres sean más resistentes al dolor y al cansancio y que su supuesta inferioridad física no haya impedido que se les delegaran las tareas más penosas, el dominio masculino no está definido por la ley del más fuerte: descansa menos en el uso de la violencia que en el poder de leyes, instituciones y costumbres. Podría imaginarse, por el contrario, que las mujeres se ayudaran mutuamente y cooperaran para dominar a los hombres. En la especie bonobo, las hembras son más pequeñas y menos musculosas que los machos, pero su sororidad permite que advenga una sociedad claramente gineocrática. Por más que el macho *sapiens* tenga características genéticas y hormonales, cabe hacer una diferencia entre la biología de los hombres y las instituciones patriarcales. ¿Cómo es que el binarismo de sexos se convirtió en una desigualdad social?

La dedicación materna

En la escala de la especie *sapiens*, la reproducción exige el encuentro sexual de un macho y una hembra. Esta última asume luego tres tareas: la gestación, durante la cual un feto (o varios) se desarrolla en el interior de su cuerpo; el parto, que representa un momento crítico tanto para la madre como para el bebé; y la lactancia, alimentación del niño gracias a la leche materna, dado que el sistema digestivo del recién nacido es incapaz de absorber alimentos sólidos (y ningún sustituto de la leche de la madre o la nodriza fue posible antes de la puesta a punto de la pasteurización en el siglo XIX).

na, Tusquets, 2015.] Donald Brown, *Human Universals*, Filadelfia, Temple University Press, 1991, cuadro final. Véase también Menelaos Batrinos, «Testosterone and Aggressive Behavior in Man», en *International Journal of Endocrinology and Metabolism*, vol. 10, núm. 3, 2012, pp. 563-568.

La hembra *sapiens* requiere mucho tiempo y energía para producir un ser vivo. Si sumamos los nueve meses de embarazo y el periodo de lactancia, comprobamos que la «dedicación materna» puede prolongarse dos o tres años por cada hijo. El vínculo entre la madre y su bebé se ve reforzado por la oxitocina, un neuropéptido sintetizado en el hipotálamo que se libera durante y después del parto. La oxitocina favorece la instauración de comportamientos de cuidado (contacto, mirada, sonrisa, juegos), aunque estos últimos también dependen del contexto y las experiencias pasadas de la madre.¹ Ese vínculo físico explica que la madre biológica sea la mayoría de las veces la madre social (otro universal de la lista de Brown). De ahí el rol primordial de las mujeres en la transmisión de conocimientos al niño, primeros aprendizajes, lenguaje, saber conducirse, etcétera.

¿Cuál será el lugar del macho *sapiens*? En el reino animal, las estrategias educativas de los padres a menudo dependen del papel que estos desempeñaron durante la reproducción: el involucramiento antes del nacimiento determina el involucramiento después del nacimiento. Así, la parentalidad es bastante igualitaria en los peces y anfibios, en relación con la fecundación externa. En muchas aves, después de la puesta, ambos padres se movilizan. El falaropos macho empolla los huevos y cría a los pichones; la paloma macho segrega leche en su buche.

En cambio, en el 95 % de los mamíferos, la madre es la que se encarga de las crías, el macho solo tiene un papel de inseminador. Esa deserción del padre tiene causas diversas: la profusión de gametos machos (por oposición al óvulo), la fecundación interna, la incertidumbre acerca de la paternidad,

1. Véase, por ejemplo, Ruth Feldman *et al.*, «Evidence for a Neuroendocrinological Foundation of Human Affiliation», en *Psychological Science*, vol. 18, núm. 11, 2007, pp. 965-970.

el interés por ir a fecundar a otras parejas. Para maximizar sus probabilidades de reproducirse en otra parte, el macho practica un «chantaje» que consiste en dejar que la hembra cuide sola a las crías. La madre cede, pues es ella la que ya ha realizado el mayor esfuerzo fisiológico. No obstante, a imagen del lobo, el mono tití y el mico bebeleche, el macho humano supone una excepción a esa regla: asume sus responsabilidades paternas, protegiendo a su compañera y a su prole o aportándoles comida, pero con la posibilidad de abandonarlas, dado que la madre ya ha entregado demasiado como para irse. A fin de cuentas, el padre «se queda», pero con sus condiciones.¹

Al contrario de otros primates, los humanos viven en pareja, con (en teoría) relaciones sexuales exclusivas que se llevan a cabo en la intimidad. En comparación con la promiscuidad sexual, la monogamia presenta algunas ventajas: reducción de los esfuerzos que requiere la poligamia, disminución de la rivalidad entre los machos, doble educación parental para los hijos, constitución de vastas redes sociales por medio de la alianza entre la familia materna y la familia paterna. Esa aptitud para la cooperación entre los sexos explica en parte el éxito del género *Homo*. La preeminencia del placer en la sexualidad humana, relacionada con la receptividad de la mujer fuera de sus periodos de fertilidad, también es un factor de monogamia, y el sexo de algún modo se transforma en el aglutinador de la pareja.²

1. Jared Diamond, *Pourquoi l'amour est un plaisir. L'évolution de la sexualité humaine* [1997], París, Gallimard, col. Folio essais, 2010. [Trad. esp.: *Por qué es divertido el sexo. La evolución de la sexualidad humana*, trad. de Victoria Laporta, Madrid, Debolsillo, 2015.] Jean-Baptiste Pingault, Jacques Goldberg, «Stratégies reproductives, soin parental et lien parent-progéniture dans le monde animal», en *Devenir*, vol. 20, núm. 3, 2008, pp. 249-274.

2. Blake Edgar, «Powers of Two», en *Evolution: The Human Odyssey*, Nueva York, Scientific American, 2017, sección 2.4.

El placer sexual y la comodidad de criar a los hijos juntos explican que los padres no se separen. Pero esa cooperación se hace a expensas de una maternalización de la mujer, cuyo valor social deriva de su monopolio biológico: para reproducirse en su forma original, el hombre necesita un cuerpo de mujer. Esa inferioridad, como si fuera una herida de orgullo, puede repararse mediante la creencia de que el hombre, con su semilla, «coloca» al hijo en el vientre de la mujer. Visto el tiempo que hace falta para fabricar una cría humana, desde la gestación hasta los primeros aprendizajes, el hombre ha de apropiarse del cuerpo de la mujer si desea evitar que otro recupere su «fruto».¹

Procede a esa apropiación a cambio de su presencia: en el seno de la familia monógama, la madre y los hijos le pertenecen. Al dar la vida, la hembra *sapiens* pierde su autonomía no solo de cara al niño que lleva en su vientre y alimenta, sino también de cara al macho que permanece junto a ellos. La confiscación por parte de los hombres de la fecundidad de las mujeres, clave de la reproducción de la especie, explica la asociación tan frecuente entre dos universales, la unión conyugal estable y la valencia diferencial de los sexos. La especialización materna de las mujeres otorga disponibilidad a los hombres para otras labores y da inicio a una división sexual del trabajo: a los hombres, la producción; a las mujeres, la reproducción.

Las mujeres parecen «objetivamente» superiores a los hombres, porque son capaces de dar vida y alimentar al bebé con su cuerpo. Pero lo que ha prevalecido es lo contrario: la subordinación de las mujeres en calidad de madres.

1. Françoise Héritier, *Masculin/Féminin*, vol. 2: *Dissoudre la hiérarchie*, París, Odile Jacob, 2002, pp. 20 y ss. [Trad. esp.: *Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía*, trad. de Marcos Mayer, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.]